

IGNAZIO SILONE

# Fuente Amarga

Traducción de  
Carlos Clavería Laguarda

El extraño caso que me dispongo a contar sucedió el verano del año pasado en Fuente Amarga.

He llamado así a un antiguo y olvidado lugar poblado por campesinos pobres en Marsica, al norte del desecado lago Fucino, un montón de casas situadas en un valle remoto, en una ladera escarpada entre colinas y montañas. Luego supe que había otros lugares en el norte de Italia con el mismo nombre y que, en algunos casos, se leía con pequeñas variantes. Más grave aún: pude comprobar que idénticos casos igual de extraños a los contados con fidelidad en este libro sucedieron en otros lugares, si bien no en la misma época ni en el mismo orden. No me parecieron razones suficientes para que la verdad quedase oculta. Incluso algunos nombres de persona, como María, Francisco, Juan, Lucía, Antonio y muchos más son frecuentes, así como son comunes a todos los hombres los hechos verdaderamente importantes de la vida: nacer, amar, sufrir, morir, pero no por ello los hombres se cansan de contarlos.

Fuente Amarga se parece en algunos aspectos, pues, a muchos pueblos del sur que estén un poco apartados, entre el llano y la montaña, lejos de las carreteras; esto es, que estén un poco más retrasados y abandonados, sean más miserables

que los otros. Con todo, Fuente Amarga tiene detalles particulares suyos. Del mismo modo, los campesinos pobres, los hombres que hacen fructificar la tierra y sufren el hambre, los *felah*, los *coolis*, los peones, los mujik, los siervos de la gleba o los *cafoni*, se parecen en todos los países del mundo: son por sí solos —sobre la corteza terrestre— una nación, una raza, una iglesia; no obstante, no se conoce que haya dos pobres idénticos.

A quien sube hasta Fuente Amarga desde el llano del Fucino, el pueblo se le aparece escalonado en la ladera de una montaña gris, yerma y árida. Desde el llano se ven bien las puertas y las ventanas de buena parte de las casas, un centenar de chamizos casi todos de un solo piso, irregulares, informes, renegridos por el tiempo y agrietados por el viento, las lluvias, los incendios; tienen los tejados mal acabados, cubiertos con tejas y chapas sacadas de aquí y de allá.

La mayor parte de esos tugurios no tiene más que una abertura que sirve de puerta, de ventana y de chimenea. Dentro —suelo de tierra y muros de piedra sin revestir ni rejuntar— viven, duermen, comen, procrean, a veces en la misma habitación, los hombres, las mujeres, los hijos, las cabras, las gallinas, los cerdos, los asnos. Son excepción una decena de casas de pequeños propietarios y un antiguo palacete ahora deshabitado, casi en ruinas. La iglesia con el campanario y una plaza en terraza dominan la parte alta de Fuente Amarga. Se llega allá arriba por una cuesta empinada que atraviesa el pueblo y que es la única calle por la que pueden circular los carros. Desembocan en ella callejuelas —muchas veces con escaleras inconexas, breves— en las que los aleros de las casas casi se tocan y apenas dejan entrever el cielo.

A quien mira Fuente Amarga desde el feudo del Fucino, el pueblo le parece un rebaño de ovejas negras y el campanario un

pastor. Un pueblo, en definitiva, como muchos otros, pero que para quien nace y crece allí es el cosmos. Aquí se condensa toda la historia universal: nacimientos, muertes, amores, odios, envidias, luchas, desesperaciones.

Nada más merecería ser dicho de Fuente Amarga si no hubieran acaecido los extraños hechos que me dispongo a narrar. Viví en aquella contrada los primeros veinte años de vida y nada más sabría decirlos.

Veinte años el mismo cielo, reducido a un anfiteatro entre las montañas que encierran el feudo como una barrera infranqueable; veinte años la misma tierra, la misma lluvia, el mismo viento, la misma nieve, las mismas fiestas, la misma comida, las mismas angustias, las mismas penas, la misma miseria: la miseria heredada de los padres, quienes la heredaron de los abuelos y contra la que el trabajo honesto no ha servido nunca. Las injusticias más crueles estaban allí tan arraigadas que tenían la misma naturaleza que la lluvia, el viento, la nieve. La vida de los hombres, de las bestias y de la tierra aparecía, así, encerrada en un círculo inmóvil sellado por el grillete de las montañas y del tiempo; sellada en un círculo natural, inmutable, como en una especie de ergástula.

Primero la siembra, luego el sulfatar, luego la siega, luego la vendimia. ¿Y luego? Luego, volver a empezar. La siembra, arar, podar, sulfatar, vendimiar. Siempre la misma canción, el mismo estribillo; siempre. Los años pasaban, los años se amontonaban, los jóvenes envejecían, los viejos morían, y se sembraba, se araba, se sulfataba, se segaba, se vendimiaba. ¿Y luego? Otra vez volver a empezar. Todos los años como el año precedente, todas las estaciones como la estación precedente, todas las generaciones como la generación precedente. Nadie pensó jamás en Fuente Amarga que este ancestral modo de vivir pudiera cambiar.

La escalera social de Fuente Amarga solo tiene dos toques: la condición de gleba a ras de suelo y, un poco más arriba, la de los pequeños propietarios. Entre estos dos toques se colocan los peldaños de los artesanos, un poco más arriba los menos pobres, aquellos que tienen una tienducha y utensilios rudimentarios; los demás, por los suelos. A lo largo de varias generaciones, la gleba, los braceros, los peones, los artesanos pobres se someten a esfuerzos, privaciones y sacrificios inauditos con la intención de escapar del peldaño más bajo de la escalera social, pero rara vez lo consiguen. La consagración de los agraciados es el matrimonio con una hija de los pequeños propietarios. Pero si se tiene en cuenta que hay tierras en los alrededores de Fuente Amarga en las que quien siembra un quintal métrico de trigo recoge, a veces, cien kilos de trigo, se comprende que no es extraño que de la condición de pequeño propietario fatigosamente conquistada se recaiga en la de gleba.

(Sé perfectamente que las palabras gleba o paleta, en la lengua corriente que habla la gente de mi pueblo, tanto la que vive en el campo como en la ciudad, son ahora ofensivas y despreciativas, pero las utilizo en este libro convencido de que, cuando en mi pueblo el dolor no sea motivo de vergüenza, significarán respeto y, hasta es posible, honor).

Los más afortunados de los paletos de Fuente Amarga tienen un asno, otros un mulo. Cuando llega el otoño, tras haber pagado a duras penas las deudas del año anterior, deben pedir prestadas las patatas, las judías secas, las cebollas y la harina de maíz necesarias para no morir de hambre durante el invierno. La mayor parte de ellos arrastran la vida como una cadena de pequeñas deudas para comer y de fatigas extenuantes para pagarlas. Si la cosecha es excepcional y rinde beneficios imprevistos, estos se utilizan para pagar los pleitos.

Hay que saber que en Fuente Amarga no hay dos familias que no estén emparentadas. En los pueblos de montaña, por regla general, acaban todos por ser parientes; todas las familias, hasta las más pobres, tienen intereses que compartir entre ellos, por lo que ante la ausencia de bienes tienen que compartir la miseria, por eso no hay familia en Fuente Amarga que no tenga un pleito pendiente. Los pleitos, es sabido, duermen el sueño de los justos en los años malos, pero se despiertan de repente apenas hay una perra gorda para dar al abogado. Y son siempre los mismos pleitos, interminables pleitos que se heredan de generación en generación en juicios interminables, en gastos interminables, en sordos rencores, inagotables, para decidir a quién pertenece una zarza. La zarza desaparece en un incendio, pero el pleito continúa, con odio aún más encendido.

Nunca hubo escapatoria. Ahorrar, en aquellos tiempos, veinte céntimos al mes, treinta céntimos al mes —cien quizá en verano— podía hacer que en otoño te vieras con una treintena de liras en el bolsillo. Desaparecían enseguida: por culpa de los intereses de alguna letra de cambio, por culpa del abogado, o por cosas del cura o del farmacéutico. Y tocaba volver a empezar, de nuevo en primavera. Veinte céntimos, treinta céntimos, cien céntimos al mes; luego, vuelta a empezar.

En el llano, es sabido, cambian muchas cosas, al menos aparentemente; pero en Fuente Amarga no cambiaba nada. Los fuenteamargados asistían a los cambios del llano como se asiste a un espectáculo con el que no tienen nada en común. La tierra de la montaña seguía siendo poca, árida, pedregosa; el clima, desfavorable. El vaciado del lago del Fucino, que desecaron hace ochenta años, sirvió a los pueblos del llano, pero no a los de la montaña, porque produjo un notable bajón de

la temperatura en toda Marsica, hasta llegar a malmeter los viejos cultivos. Los viejos olivares acabaron todos echados a perder; los viñedos, podridos por culpa de enfermedades, y por eso la uva no madura como se debe: para que no la hielen las primeras nieves, debe ser vendimiada deprisa y corriendo a finales de octubre y da un vino ácido como la limonada. Lo beben solo, mayormente, quienes lo producen.

Los daños hubieran sido completamente compensados gracias al aprovechamiento de las fertilísimas tierras conseguidas tras desecar el lago si la cuenca del Fucino no hubiera sino explotada en régimen feudal. Las grandes riquezas que anualmente dan esas tierras engordan un reducido núcleo de indígenas, y el resto emigran a la ciudad. Debe quedar claro, además de vastas extensiones del agro del Lacio y de la Maremma, las catorce mil hectáreas que dejó el Fucino, son propiedad de una familia de autodenominados príncipes de Torlonia, llegados a Roma a principios del siglo pasado arrojados por un regimiento de franceses. Pero esta es otra historia. Quizá, una vez narrado el triste destino de los fuenteamargados, para consolar a los lectores escribiré una «vida edificante de los Torlogne», como se llamaban en un principio. La lectura será, sin duda, mucho más divertida. La oscura desgracia de los fuenteamargados es un monótono viacrucis de gleba hambrienta de tierra que generación tras generación suda sangre del alba al crepúsculo para agrandar un bancal minúsculo y estéril sin conseguirlo, pero la suerte de los Torlogne ha sido exactamente todo lo contrario. Ninguno de ellos ha dado una palada a la tierra, ni para pasar el rato, y tierra tienen ahora extensiones sin confín, un pingüe reino de decenas de miles de hectáreas.

Los Torlogne llegaron a Roma en tiempos de guerra y especularon con la guerra, luego especularon con la paz, luego con

el monopolio de la sal, luego con la revolución del 48, con la guerra del 59, con los Borbón del Reino de Nápoles y apostaron contra su decadencia; más tarde apostaron contra los Saboya, especularon con la democracia y con la dictadura. Después del 60, un Torlogne consiguió hacerse a precio de ganga con las acciones de una sociedad financiera napolitano-franco-española que había construido el canal para desecar el Fucino y que estaba a punto de quebrar por culpa de la caída de la monarquía. De acuerdo con los derechos dados por el rey de Nápoles a la sociedad, Torlogne podía disfrutar durante noventa años del usufructo de las tierras desecadas. Pero, a cambio del apoyo político que ofreció a la débil dinastía piemontesa, Torlogne recibió las tierras en propiedad a perpetuidad y recibió el título de duque, y más tarde el de príncipe. La dinastía piemontesa le regaló, en definitiva, una cosa que no era suya. Los fuenteamargados asistieron a este espectáculo celebrado en el llano y, aunque parecía nuevo, lo vieron como algo natural porque estaba en armonía con los viejos abusos. Y en la montaña, la vida continuó como antes.

Hubo un tiempo en que la gente de la montaña podía emigrar a América. Hasta algunos fuenteamargados, antes de la guerra, buscaron fortuna en Argentina y en Brasil, pero los que pudieron reunir, en la zona que hay cerca del corazón entre el chaleco y la camisa, algunos billetes y volvieron a Fuente Amarga, perdieron en pocos años los ahorros que invirtieron en los terrenos áridos y estériles de su tierra natal, cayeron al poco en el viejo letargo y mantuvieron como un recuerdo del paraíso perdido la imagen de la vida vivida ultramar.

El año pasado sucedió una serie de hechos imprevistos e incomprensibles que turbaron la vida de Fuente Amarga, adormilada desde tiempos inmemoriales. Nadie se preocupó

de inmediato por estos hechos y solo tras unos meses empezaron a preocupar a algunos sectores, en las otras regiones de Italia e incluso en el extranjero, donde yo, para mi desgracia, me vi obligado a refugiarme. Fuente Amarga, un lugar que no sale en el mapa, acabó siendo tema de extravagantes conjeturas y discusiones. Una ausencia de varios años no me impidió, a mí que soy de aquellos parajes y crecí allí, desconfiar, pensar que los sucesos atribuidos a Fuente Amarga fueran fantásticos (que no sucedieron, quiero decir), inventados por las buenas como tantos otros por motivos discutibles y atribuidos a aquel lugar remoto para que fuera más difícil cerciorarse. Intenté a veces tener noticias directas, pero fue en vano. Sin embargo, no dejé ni un día de pensar en ello y de volver con la imaginación a aquella contrada que tan bien conocía. Suspiraba por el deseo de conocer cuál era su suerte actual. Hasta que me sucedió algo insólito. Una noche que la nostalgia era más dolorosa, encontré con gran sorpresa a la puerta de casa, sentados con la espalda apoyada en la puerta y casi dormidos, tres paletos, dos hombres y una mujer que, sin dudar un instante, reconocí como fuenteamargados. Al verme llegar, se levantaron y me acompañaron a casa. A la luz de la lámpara reconocí las caras. El hombre era un viejo alto, delgado, con la cara terrosa poblada por una barba gris; con él, la mujer y el hijo. Entraron. Se sentaron. Empezaron a contar lo sucedido; entonces reconocí también las voces.

Empezó a hablar el viejo, luego habló la mujer; volvió a hablar el viejo, y continuó poco después la mujer. Mientras hablaba ella, temo haberme adormilado sin (fenómeno singular) perder el hilo de lo que decía, como si aquella voz saliese de lo más profundo de mí. Me desperté cuando amanecía, y entonces tomó la palabra otra vez el viejo.

Lo que dijeron está en este libro.

Ahora, dos advertencias. Este relato le parecerá al lector extranjero que lo lea por primera vez un contraste estridente con la pintoresca imagen que da cierta literatura de la Italia meridional. En algunos libros, como es sabido, la Italia del sur es una tierra hermosísima en la que los campesinos van al campo cantando canciones alegres, a las que responden en coro campesinas vestidas con atuendos tradicionales mientras en los bosques vecinos canturrean los ruiseñores.

Sin embargo, en Fuente Amarga estos prodigios no se dieron nunca.

Los fuenteamargados visten como los pordioseros de todas las contradas del mundo. Además, en Fuente Amarga no hay bosque: la montaña es árida, estéril como casi todos los Apeninos. Los pájaros escasean y son miedosos, por la caza despiadada a la que están sometidos. No hay ruiseñores: el dialecto ni siquiera tiene una palabra para nombrarlos. Los campesinos no cantan, ni en coro ni en solitario. Si no lo hacen cuando van borrachos, mucho menos lo hacen (comprensible) cuando van al campo. En lugar de cantar, blasfeman a sus anchas y a gusto. Para expresar las grandes emociones, la alegría, la ira, y hasta la devoción religiosa, blasfeman. Pero ni en el blasfemar se muestran originales y se cagan solo en los dos o tres santos que conocen, los atacan siempre con las mismas vulgaridades.

La única persona que, en Fuente Amarga, adolescente yo, cantaba con una cierta insistencia era el zapatero. Cantaba siempre la misma canción, una que se remontaba al comienzo de la Primera Guerra de África y decía así: «No te fíes de la gente negra, general Valdenegra».

De tanto oír repetir la advertencia todos los días del año, mañana y tarde, con voz siempre lúgubre, a medida que el

remedón envejecía, entre los jóvenes de Fuente Amarga empezó a ganar cuerpo el temor de que el general Valdenegra, fuera por temeridad o fuera por descuido o ligereza, acabase finalmente fiándose de la gente negra, o con camisa negra. Mucho después aprendimos que la desgracia había ocurrido mucho antes de que nacióramos.

La segunda advertencia es esta: ¿en qué idioma debo contar esta historia? Que a nadie se le ocurra pensar que los fuenteamargados hablan italiano. El italiano es, para nosotros, la lengua que se aprende en la escuela, como el latín, el francés o el esperanto. El italiano es, para nosotros, una lengua extranjera, una lengua muerta, una lengua cuyo diccionario, cuya gramática no tienen relación alguna con nosotros, con nuestra forma de vivir, nuestro modo de pensar, con nuestra manera de expresarnos.

Naturalmente, otros paletos meridionales han hablado y escrito en italiano antes de que yo lo hiciera, del mismo modo que cuando vamos a la ciudad nos ponemos zapatos, colete y corbata. Pero basta con vernos desde lejos para descubrir nuestra torpeza. La lengua italiana, cuando recibe y formula lo que pensamos no puede sino estropear, corromper nuestros pensamientos, y darles la apariencia que tienen las traducciones. Para expresarse directa y claramente, uno no debería traducir. Si es verdad que, para expresarse bien en una lengua es necesario aprender primero a pensar en ella, el esfuerzo que a nosotros nos cuesta hablar en italiano significa evidentemente que no sabemos pensar en esta lengua, que consideramos la cultura italiana una cultura escolar.

Pero como no tengo otro medio de expresión que me haga comprensible, y como tengo necesidad absoluta de expresarme, quiero esforzarme al máximo para traducir lo mejor que pueda, a la lengua aprendida en la escuela, lo que quiero

que sepan todos: la verdad sobre lo sucedido en Fuente Amarga.

Sin embargo, si la lengua es prestada, la manera de contar, creo, es auténtica. Es un arte de los fuenteamargados, arte aprendido desde niños, sentados a la puerta de casa, o al lado del fuego, en las largas vigiliass, o al lado del telar al ritmo del pedal, con el oído atento a las viejas historias.

No hay diferencia entre este arte de contar, entre esta manera de poner una palabra tras otra, una línea debajo de la otra, una frase tras otra, una metáfora al lado de otra, de explicar una cosa a la vez, sin alusiones, sin implícitos, al pan pan y al vino vino, y el arte de tejer, el viejo arte de poner un hilo tras otro, un color tras otro, limpia y ordenadamente, insistente y claramente. Primero se ve el tallo de la rosa, luego el cáliz de la rosa, luego la corola, pero ya desde el principio saben todos que se trata de una rosa. Por eso nuestros productos les parecen a los de ciudad cosas rústicas, ingenuas. ¿Hemos intentado alguna vez venderlos en la ciudad? ¿Hemos pedido alguna vez a los de ciudad que expliquen sus asuntos con nuestro estilo? No, no lo hemos pedido jamás.

Déjese, pues, el derecho de que cada cual cuente sus asuntos a su manera.

IGNAZIO SILONE

*Davos (Suiza), verano de 1930*